



# Guía de lectura



Penguin Club de lectura

## LA OBRA

«Este libro», sintetiza Andrés Neuman en su breve nota final, «es una obra de ficción basada en vidas reales: investigamos para ganarnos el derecho a inventar». En efecto, no se trata de una mera biografía de María Moliner ni se limita tampoco a los hechos conocidos de su trayectoria, profundamente estudiados por el autor durante siete años. Es, sobre todo, un tributo literario a su figura que la convierte en personaje novelesco, en un viaje de ida y vuelta entre la documentación y la invención. A veces en clave de comedia, otras de drama íntimo o tragedia colectiva, su prosa combina el pulso narrativo, el don para captar los sentimientos, la indagación histórica y la reflexión sobre el lenguaje.

Además del apasionante proceso de creación de su diccionario, *Hasta que empieza a brillar* (título inspirado en una cita de Emily Dickinson: «A veces escribo una palabra y me quedo mirándola hasta que empieza a brillar») cuenta la vida entera de María Moliner, por lo general poco conocida, su intimidad cotidiana y sus múltiples rebeldías. Con emoción, inteligencia y sentido del humor, la narración de sus peripecias va entreverándose con el momento crucial en que es rechazada por la Real Academia, condensado en un intenso diálogo con su amigo y editor Dámaso Alonso, el gran filólogo y poeta de la generación del 27, por entonces director de una influyente institución a la que ni siquiera él mismo logró convencer.

Todo el mundo identifica a María Moliner con su diccionario, pero ¿por qué se sentó a escribirlo? ¿Cómo pudo abordar tan titánico proyecto, que rozaba lo imposible, a partir de los cincuenta años de edad? ¿Cómo fue capaz de completar nada menos que ochenta mil entradas en década y media? ¿Qué clase de personalidad y de locura lingüística, de febril obsesión se requiere para llevar a cabo algo semejante? ¿Y qué experiencias personales, qué concepto de la lengua y su sociedad puede contener un diccionario de autora como el suyo? Explorando estos interrogantes, *Hasta que empieza a brillar* cuenta su historia familiar, su formación intelectual y sus incansables emprendimientos, a la vez que fabula y poetiza sus vínculos con la lengua desde la primera infancia hasta el final de sus días. La novela parte de una premisa tan atractiva como original: narrar íntegramente a la protagonista a través de su relación con las palabras y la inquietud del idioma. Se propone así una sugerente hipótesis, que nos permite releer la obra de Moliner desde nuevos ángulos: ¿y si su diccionario fuese una suerte de autobiografía oculta? ¿Y si toda su vida conduce al diccionario y en este, a su vez, podemos descifrar su vida?

Filólogo de formación, Neuman es autor del diccionario satírico *Barbarismos*, de celebradas novelas sobre el vínculo entre amores y lenguas, como *El viajero del siglo* o *Fractura*, y de un volumen dedicado al aprendizaje verbal de su hijo, *Pequeño hablante*. La curiosidad por el léxico de la infancia; la extrañeza hacia la propia lengua ma-

terna y la tensión frente a los cánones lingüísticos, intensificada por su origen migrante; su reconocida capacidad para construir personajes femeninos memorables; y, por supuesto, su querencia por los diccionarios heterodoxos. Parecía sólo cuestión de tiempo que todo ello desembocara en María Moliner.

Recreando con ironía las escenas en que la protagonista redacta sus legendarias fichas, en este nuevo libro despliega un riguroso y divertido cotejo entre la edición original del Moliner (tal como fue concebido por su creadora, sin las modificaciones efectuadas tras su muerte) y la lejana XVIII edición del diccionario de la Real Academia Española, la más consultada por la autora mientras trabajaba en el suyo. «Sospecho que sólo así, confrontando dos ideas del idioma tan coetáneas como discrepantes», leemos en su nota, «podemos dimensionar la singularidad de la primera». Los hallazgos de estas comparaciones resultan a menudo sorprendentes.

Recorriendo un siglo a través de una vida y viceversa, el punto de vista de la narración converge con el de la propia María: se nos cuenta lo que ella ve y vive, o bien lo que recordará o pensará más adelante. Al llegar a sus últimos años, en un impactante giro estilístico, la voz narradora acompaña la disolución lingüística de la protagonista, que pierde posesión de las palabras hasta sumirse en la gramática del silencio. En ese punto, la perspectiva se desplaza hacia quienes la cuidan, conectando con otro de los ejes en la obra del autor: el cuidado de nuestros seres queridos, muy presente en novelas como *Hablar solos*, libros

de cuentos como *Hacerse el muerto* o poemarios como *Isla con madre*.

*Hasta que empieza a brillar* imagina a una María obsesiva y maniática desde niña, humanizada y físicamente tangible, que envejece de forma natural. Su etapa madura, de una energía y una audacia deslumbrantes, nos brinda la ocasión de valorar en su justa medida otras edades postergadas en nuestro imaginario: ese es también el brillo tardío que nombra el título. De este modo se la retrata con empatía, complejidad y matices, eludiendo la idealización, indagando también en las debilidades y traumas que, como cualquier persona, por supuesto tuvo. Se trataba de crear una María de novela, no de manual. Una ficción autónoma inspirada en su análisis o, como suele decirse en el cine, basada en hechos reales. Moliner ya ha pasado a la historia: quizá la siguiente tarea colectiva sea que pase a la ficción, a nuestro imaginario narrativo.

Aquel artículo de García Márquez, aún hoy muy leído, acabó por consolidar la imagen popular de María Moliner como una especie de ama de casa intuitiva, reproduciendo determinados equívocos públicos que arrancaron con la aparición del diccionario y su candidatura a la Academia. Pero el maestro colombiano fue también de los pocos en detectar, con su inigualable olfato, la potencia de Moliner como personaje literario. Desde una época y una conciencia generacional muy distintas, Neuman sintió que el palpito del maestro era cierto y decidió llevar su escritura al terreno narrativo, refutando muchos de los mitos que rodean su figura.

Con idénticas dosis de admiración,

investigación y libertad fabuladora, este libro deja atrás algunos de los lugares comunes más extendidos sobre María Moliner, empezando por las interpretaciones literales de su irónica y célebre declaración: «Mi biografía es muy escueta... Mi único mérito es el diccionario». Tantas veces repetida sin cuestionarla ni leerla entre líneas, suele darse por sentado que su vida no fue lo suficientemente interesante. Por eso aquí se atiende no sólo a la creación de su *Diccionario de uso* sino también a sus vivencias íntimas, su trayectoria profesional o sus apasionantes aventuras como inspectora de bibliotecas rurales.

Otra simplificación habitual consiste en pretender que el diccionario supuso para su autora un refugio presuntamente apolítico durante la dictadura, en vez de una sigilosa, sutil y provocadora respuesta, lo cual queda en evidencia gracias a la lectura perspicaz de su contenido. «Quienes recomendaban no politizar la lengua solían hacer justo lo contrario, avalando silencios y promoviendo olvidos», leemos aquí. «Si nombrar con propiedad constituía una actividad sospechosa, entonces la lexicografía merecía pasar enterita a la clandestinidad». Lejos de representar una fuente objetiva y aséptica de conocimientos lingüísticos, un diccionario es una discusión colectiva siempre viva.

Pero acaso la mayor laguna sea la costumbre de pensar la elaboración de su diccionario como un período aislado, más o menos independiente de su biografía. En realidad, María Moliner se preparó durante medio siglo para acometer su gran obra: todos sus trabajos,

experiencias y afectos la condujeron hasta ella. La novela se propone rastrear esos fascinantes puentes.

El argumento sugiere que, por encima de las virtudes de otros candidatos, la protagonista se topó con el rechazo de la Academia por tres motivos fundamentales. Evidentemente, por su condición de mujer; pero también por su pasado republicano y por el contenido excepcional de su diccionario, cuyas definiciones funcionan como respuesta sistemática al volumen académico y, sin duda, resultaban incómodas. Desde este punto de vista, quienes que se opusieron a su ingreso

en la institución en realidad entendieron muy bien el mensaje: se trataba de una obra que cuestionaba su autoridad y contenía ideas provocadoras. Quizás hoy estemos en condiciones de repensar el legado de María Moliner y apreciar su verdadera dimensión.

Además de un acto de justicia con una mujer de formidable talento, *Hasta que empieza a brillar* es, en definitiva, una novela sobre la importancia de las palabras. Una celebración de la vida cotidiana de la lengua, con su capacidad transformadora. La historia de una obsesión y de una resistencia secreta.

## LAS CLAVES DE MARÍA MOLINER

María Moliner (1900-1981) fue, con toda probabilidad, la creadora del diccionario más importante de la historia escrito en cualquier lengua por una mujer. Un memorable diccionario que, desde su publicación en 1966, se convirtió en referencia fundamental para hablantes, amantes y estudiantes de la lengua española en todo el mundo. Se ha ganado además un lugar afectivo en los aprendizajes familiares, como fuente de cabecera transmitida de generación en generación. «Muchas lectoras parecían haber adoptado su diccionario como algo más que un libro de consulta: tenía cierto carácter de manifiesto cotidiano, de rebelión secreta. Quizás era una forma de recuperar, palabra por palabra, todo el lenguaje que les habían quitado», leemos en la novela de Andrés Neuman. «Eran las madres quienes solían recomendar el diccionario e introducirlo en sus hogares. Una suerte de militancia familiar: pregúntale a la abuela Moliner».

Esta pensadora del lenguaje, que se atrevió a releer la realidad letra por letra y a nombrarla con voz propia, en discusión tan crítica como sutil con el diccionario académico, es hoy un personaje esencial del siglo XX. Una figura querida y admirada también en Latinoamérica, donde para mucha gente representa una mirada disidente frente al canon de la Real Academia Española, otras maneras de entender la lengua. Gabriel García Márquez la admiraba tanto que, a su muerte, le dedicó una bellísima necrológica donde afirmaba: «María Moliner hizo una proeza con muy pocos precedentes: escribió sola, en su casa, con su propia mano, el diccionario más completo, más útil y más divertido de la lengua castellana». En 2025 celebramos el 125 aniversario de su nacimiento.

Pero, contradiciendo ciertos tópicos, el legado de María Moliner no se limita a su *Diccionario de uso del español*, que hoy conocemos sencillamente por el



nombre de su autora. Porque tuvo una vida fascinante, sembrada de peripecias y obstáculos que resumen la historia de su país y su tiempo. Nacida en un pequeño pueblo de la provincia de Zaragoza, pasó una infancia difícil en Madrid. Su padre abandonó a los tres hermanos y a su madre enferma y huyó a Buenos Aires. Vinculada a la Institución Libre de Enseñanza, María empezó entonces a trabajar a los doce años de edad para contribuir a la economía familiar, mientras seguía estudiando por su cuenta con esa insólita fuerza de voluntad que la haría célebre. Logró ser una de las primeras estudiantes universitarias del país, y también la primera profesora en la Universidad de Murcia. Tras obtener plaza como funcionaria, algo no menos infrecuente en su época, comenzó desde abajo desempeñándose como archivera, hasta llegar a ser la principal responsable de las bibliotecas rurales creadas en Valencia y, hacia el final de la guerra civil, en toda la zona republicana. De esos años datan sus extraordinarias aportaciones a la acción y teoría bibliotecaria, incluyendo varios textos de su autoría, que constituyen una de las cimas históricas en la educación pública española.

María y su marido Fernando, destacado catedrático de Física que tradujo a Einstein e introdujo su obra en España, fueron represaliados por la dictadura. Ella jamás fue una persona doctrinaria, pero tampoco neutral. Degradada dieciocho niveles en el escalafón administrativo, se vio forzada a reiniciar su

carrera y, de vuelta en Madrid, trabajó hasta su jubilación en la modesta biblioteca de la Escuela de Ingenieros Industriales. Fue ya en su madurez, tras criar a cuatro hijos, cuando llevó a cabo la hazaña de redactar durante más de 15 años, prácticamente en soledad, el más asombroso diccionario moderno de la lengua castellana. Al publicarse por fin, el reconocimiento y la repercusión fueron tan grandes que la Real Academia Española, que jamás había admitido a una mujer entre sus miembros, la nominó como candidata oficial en 1972 y votó acerca de su posible incorporación como primera académica en sus más de dos siglos y medio de existencia.

La candidatura de María Moliner provocó un revuelo público y mediático en las postrimerías del franquismo. Terminó perdiendo aquella votación, generando un debate que llega hasta nuestros días. Su lucha no fue en vano: su diccionario se convirtió en un clásico, propició significativos cambios en los métodos académicos e influyó decisivamente en la incorporación de las mujeres a la institución. Poco después, gracias a su precedente y en plena Transición, ingresó en la Academia la primera mujer: su amiga la escritora Carmen Conde. Para entonces María ya no estaba en condiciones de celebrarlo. Maestra de las palabras, tras volcarlas todas en su obra, se quedó sin ellas a causa de una enfermedad degenerativa. Fue perdiendo la lengua y la memoria al mismo tiempo que Franco se moría.

## «LA MUJER QUE ESCRIBIÓ UN DICCIONARIO», LO QUE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ ESCRIBIÓ SOBRE MARÍA MOLINER

---

«Hace tres semanas, de paso por Madrid, quise visitar a María Moliner. Encontrarla no fue tan fácil como yo suponía: algunas personas que debían saberlo ignoraban quién era, y no faltó quien la confundiera con una célebre estrella de cine. Por fin logré un contacto con su hijo menor, que es ingeniero industrial en Barcelona, y él me hizo saber que no era posible visitar a su madre por sus quebrantos de salud. Pensé que era una crisis momentánea y que tal vez pudiera verla en un viaje futuro a Madrid. Pero la semana pasada, cuando ya me encontraba en Bogotá, me llamaron por teléfono para darme la mala noticia de que María Moliner había muerto. Yo me sentí como si hubiera perdido a alguien que sin saberlo había trabajado para mí durante muchos años. María Moliner —para decirlo del modo más corto— hizo una proeza con muy pocos precedentes: escribió sola, en su casa, con su propia mano, el diccionario más completo, más útil, más acucioso y más divertido de la lengua castellana. Se llama *Diccionario de uso del español*, tiene dos tomos de casi 3.000 páginas en total, que pesan tres kilos, y viene a ser, en consecuencia, más de dos veces más largo que el de la Real Academia de la Lengua, y —a mi juicio— más de dos veces mejor».

«En el diccionario de la Real Academia de la Lengua, en cambio, las palabras son admitidas cuando ya están a punto de morir, gastadas por el uso, y sus definiciones rígidas parecen colgadas de un clavo. Fue contra ese criterio de embalsamadores que María Moliner se sentó a escribir su diccionario en 1951. Calculó que lo terminaría en dos años, y cuando llevaba diez todavía andaba por la mitad. “Siempre le faltaban dos años para terminar”, me dijo su hijo menor. Al principio le dedicaba dos o tres horas diarias, pero a medida que los hijos se casaban y se iban de la casa le quedaba más tiempo disponible, hasta que llegó a trabajar diez horas al día, además de las cinco de la biblioteca».

«Su hijo Pedro me ha contado cómo trabajaba. Dice que un día se levantó a las cinco de la mañana, dividió una cuartilla en cuatro partes iguales y se puso a escribir fichas de palabras sin más preparativos. Sus únicas herramientas de trabajo eran dos atriles y una máquina de escribir portátil, que sobrevivió a la escritura del diccionario. Primero trabajó en la mesita de centro de la sala. Después, cuando se sintió naufragar entre libros y notas, se sirvió de un tablero apoyado sobre el respaldo de dos sillas. Su



marido fingía una impavidez de sabio, pero a veces medía a escondidas las gavillas de fichas con una cinta métrica, y les mandaba noticias a sus hijos. En una ocasión les contó que el diccionario iba ya por la última letra, pero tres meses después les contó, con las ilusiones perdidas, que había vuelto a la primera. Era natural, porque María Moliner tenía un método infinito: pretendía agarrar al vuelo todas las palabras de la vida».

## EXTRACTOS POR TEMAS

---

### LA NIÑA QUE AMABA LAS PALABRAS

—Soy tan vieja que nací en el año cero.

Le divertía declararlo así, como si antes de ella no hubiera sucedido nada. 1900. Un siglo en blanco a la espera de manchas, borrones, tachaduras.

Su madre, doña Matilde Ruiz, sabía leer y escribir. Eso la distinguía dentro de su generación y, muy en particular, entre las mujeres. Doña Matilde gestionaba con prudencia ese orgullo: sabía que la buena vecindad consistía en disimular las diferencias y exagerar las semejanzas.

María practicaba con ella aquellos ga-

rabatos que contenían realidades invisibles para un ojo no entrenado. Ese había sido el verdadero punto de partida, el momento en que su identidad había empezado a pasarse a limpio: la conciencia de las letras, la atracción de su dibujo.

Le gustaba sentarse junto a Quique con un libro entre las manos y abrirlo por cualquier parte. Entonaba cada frase esmeradamente, dejándose llevar por su sonoridad, su ritmo, su persuasión. El tacto de las páginas la protegía.

Hasta que su hermano mayor se hartaba y delataba su secreto.

—María, boba. Que el libro está al revés. (Páginas 22-23).

## LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

Según el profesor Blanco, la gramática y la literatura eran dos amigas que se divertían juntas. La primera recordaba las reglas de juego, la segunda probaba otros juegos. Consuelo le dio un codazo.

—Tú eres la *garmática*, María.

—Y tú eres idiota.

Su pareja Alice les enseñaba francés aunque venía de Portugal, que era lo más lejos que ella había visto nacer a nadie. Lucía unas canas revueltas que a María se le antojaban el colmo del atrevimiento. Alice tenía un lema que la había dejado impresionada: las buenas estudiantes podían aprender muchos idiomas, ¿pero quién les enseñaba a decir que no en el suyo? Les había contado que en Francia las mujeres luchaban por sueldos justos. Y en Inglaterra, por el voto. María le repitió a su madre lo que había escuchado. Doña Matilde la miró de reojo, retorciendo bajo el agua la ropa sucia.

En la planta de arriba dormían los directores, el matrimonio Cossío y el mismísimo Giner de los Ríos (así solía invocarlo su padre: *el mismísimo*). Por alguna razón que a ella se le escapaba, vivían todos juntos. (Página 28-29).

## EL ABANDONO DE SU PADRE

María trató de figurarse aquella orilla remota en los mapamundis, de golpe tan cercana. Según tenía entendido, allá el habla sonaba a muchas lenguas, a gente que iba y venía. Había oído historias

sobre la ciudad porteña, algunas demasiado novelescas para ser reales. Todo el mundo tenía algún pariente que se había embarcado o soñaba con hacerlo.

Durante aquellas vacaciones, María se interesó por los efectos de la distancia sobre las palabras, que se volvían más dignas de atención. Las primeras cartas de su padre, enviadas desde cada puerto por el que pasaba, parecieron unirlos más. Mati era la encargada de leer los inicios en voz alta, con esfuerzo, hasta que le arrancaban las hojas de las manos.

*Queridísimos hijos míos*, solía empezar don Enrique. Nunca antes había usado esos, ¿cómo los llamaba el profesor Blanco? ¿Eh? Ah. Superlativos. Era como si se estuvieran enterando ahora, a miles de kilómetros, de cuánto los quería su padre.

*No dejéis de estudiar ni un solo día*, solía continuar. A Quique esos consejos le sonaban irónicos, una invitación a la desobediencia. A ella la hacían sentirse buena hija y dócil, que era justo lo que le reprochaba su hermano.

*Cuidad de vuestra madre*, solía terminar. ¿No debía ser también al revés, sobre todo al revés?

*Os abraza más fuerte de lo que podáis imaginar*: así se despedía. A veces Mati se quedaba pensativa.

—No quiero imaginármelo. (Páginas 32-33).

## DE ESTUDIANTE DE HISTORIA A ARCHIVERA

Y María ingresó por fin, no podía creerlo, en la universidad.

Caminó lentamente hasta el otro extremo de la plaza de la Magdalena, donde la aguardaba su ansiada facultad. Su meta se desvaneció en el mismo instante de alcanzarla: habían suprimido la especialidad de Lengua y Literatura. Acabó eligiendo Historia. Para don Juan no era mala noticia.

—Una cosa lleva a la otra. Con la lengua hacemos memoria, y con la memoria hablamos.

María volvió a mirarse en el espejo. Sus ojos pardos huyeron. Sopesó la posibilidad de sacrificar sus trenzas: ¿la infantilizaban o la protegían? No hacía mucho que la facultad había admitido a su primera alumna. Recordó cómo la señora Goyri le había contado que había necesitado un permiso especial para cursar su carrera y que, tras arduas gestiones, se lo habían concedido a condición de entrar al aula con el profesor y sentarse a su lado en una silla.

Acudió a la foto para el registro con el cabello intacto. Apenas el primer botón de la blusa desabrochado, las puntas de las trenzas sobre el pecho, sin collares ni pendientes, nada de maquillaje. Le había llevado una hora entera lucir así.

En su ficha personal, la categoría *alumno* se repetía junto a su nombre y debajo de su firma. Introdujo una discreta curva que mutó la *o* en *a*. *Hijo de:* y el nombre de su padre flagrantemente ahí.

María despertaba una mezcla de recelo y gentileza entre sus compañeros. Se detenían a cederle el paso, haciéndola sentirse menos bienvenida que señalada. Le abrían las puertas con una inclinación en la que ella, acaso equi-

vocadamente, leía una burla. Más allá de las intenciones de los demás, su otro conflicto era ese: su irremediable estado de sospecha. (Página 50-51).

## SU PASO POR LA RESIDENCIA DE SEÑORITAS

Dos de sus amigas aragonesas eran becarias de una institución dedicada a integrar a las mujeres en el ámbito universitario: la prestigiosa —y fatalmente bautizada— Residencia de Señoritas, que se había inaugurado en la antigua sede de la Residencia de Estudiantes. Si a los hombres jóvenes se los identificaba por su condición de estudiantes, ¿por qué el lugar equivalente para ellas señalaba su sexo, edad y estado civil? Se moría de ganas de estar ahí.

Se sentó a redactar una carta para la directora, la políglota señora de Maeztu y Whitney, poniendo extremo cuidado en transmitirle una recatada dignidad. La encabezó escribiendo *Estimadísima señora*. Se preguntó si aquello envejecería a su destinataria, y lo sustituyó por *Distinguida señorita*. Se presentó brevemente, expuso sus intenciones, exageró su admiración por el centro, preguntó por las fechas disponibles. Y no olvidó mencionar a sus dos buenas amigas.

Tan pronto como recibió la respuesta afirmativa de la directora, de una prosa elegante y capaz de intercalar toda clase de esdrújulas, María se tomó los días de descanso que le debían en el Archivo». (Página 58).

## FERNANDO, SU COMPAÑERO DE VIDA

María había detectado un fenómeno singular en el físico de Fernando: no le veía nada del otro mundo hasta que hablaba. Entonces desprendía un resplandor que la hacía respirar hondo, como al calor de una *lááámpara* en la que nadie reparase antes de encenderse. La charla de Fernando le cantaba a las irradiaciones de la materia, abordaba la luz y la generaba, era teoría y presencia. Ella sabía que la luz pasaba a través de ciertos cuerpos, sobre todo de uno bien predispuesto. Lo que más apreció del conferenciante fueron sus manos. Robustas. De panadero.

Sólo la refrenaba el detalle de la edad. Le molestaba la idea de ser una de esas chicas que se fijaban en hombres mayores. Lo suyo nada tenía que ver con fantasmas paternos, se repetía a sí misma, ella buscaba a un verdadero par, qué culpa tenía si los jovencitos de su edad, etcétera. ¿No?

La primera vez que Fernando le preguntó por su infancia, María fue contundente.

—Mi padre se murió cuando yo era niña.

Después las luces bajaron, y algo brilló en la noche. (Página 64).

## LA MATERNIDAD Y EL NACIMIENTO DE UN NUEVO LENGUAJE

Se quedó embarazada ese verano. Se lo dijo su cuerpo antes que su médico.

Tras consultar a la matrona, soñó con una niña.

La gestación progresaba sin incidentes, más allá de esas náuseas que de algún modo la tranquilizaban: todo seguía ahí. Sus amigas empezaron a contarle historias truculentas que no le habían contado antes. El prójimo insistía en hablarle del porvenir.

—Estarás impaciente por que nazca.

Al contrario, pese a las incomodidades físicas, se sentía instalada en la más lenta introspección. Con tanto para asimilar, agradecía aquel estado de demora, de tejido interior.

—¿Te imaginas cuando llegue?

¡Si hacía meses que había llegado! Esa criatura de tiempo, esa niña invisible ya estaba bien presente en ella.

Tenía la sensación de comprender muchas cosas y, a la vez, no encontraba fuerzas para articular lo que comprendía. Le costaba concentrarse en el trabajo. Sus lecturas se ciñeron a la poesía: la realidad se había vuelto fragmentaria, redonda, musical. Se quedaba dormida sin querer, las visitas le sonreían, le manoseaban el vientre y, cuando abrían los ojos, ya no estaban ahí. (Página 68).

El siguiente embarazo lo afrontó casi sin ceremonias. Se esforzó en no pensar. Trabajó hasta el octavo mes, se dopó con actividades, se defendió de antemano.

No se atrevieron siquiera a sugerir nombres, hasta que su cadera emitió ese crujido y su diente malo se le aflojó de morder tan fuerte. Esta vez era un varón.

Sintió entonces el impulso de rebautizar la ausencia. ¿No era ese el trabajo del lenguaje, crear presencia con lo que

faltaba? Y María lo llamó como el abuelo que jamás tendría.

Enrique nació sano. El verano explotaba de luz.

Lejos de los dilemas conceptuales que se había figurado, sus mayores desafíos ahora pasaban por la fisiología elemental. Dormir, comer o incluso defecar eran arduas disciplinas que las demás mujeres habían dominado con una maestría incomprensible. Le ardían los ojos, le sangraban los pezones, le dolía el esqueleto. El ánimo iba y venía. Sus horas transcurrían entre la alerta y el desaliento, entre una energía forzosa y un secreto naufragio.

Por las noches, cuando el bebé caía provisionalmente rendido, en vez de cenar algo, charlar con su esposo o abrir por fin un libro, María se quedaba paralizada en el sofá, barrida por sus propias emociones. No sabía qué decir. Aún se sentía incapaz de hablar su nuevo idioma. Tener hijos era radical, igual que no tenerlos.

Cuando miraba atrás, veía a una mujer muy parecida a ella con una vida muy diferente, ajena a aquel abuso de la intensidad. Ahora todo era exagerado: la extenuación, la excitación, la incertidumbre, el apego. Fragilidad e incondicionalidad se alimentaban entre sí. La somnolencia intoxicaba su organismo. Vampiro de amor, su hijo le succionaba la realidad.

El bebé le enseñó la cualidad transitiva de su piel: la caricia la sentía quien la daba. Corría a dormirlo de nuevo en mitad del postre, lo acunaba sin lavarse las manos, y entonces el aroma de la mandarina iba mezclándose con el de su

cabecita, cítrico y lácteo, gajos y lana, hasta que fruta y niño respiraban juntos.

Podía pasar del éxtasis a las fantasías más violentas en un solo parpadeo. Acudían a su mente imágenes delicadas o terribles (¿acaso no había brotado aquella delicadeza de sus vísceras?). Las facultades de su cuerpo, pero también las de su imaginación, se habían dilatado. Supo que nunca le contaría a su hijo los pensamientos que la asaltaban. (Páginas 70-71).

---

## EL TRABAJO DE MARÍA EN LAS MISIONES PEDAGÓGICAS

La red catalana de bibliotecas, que María había estudiado con admiración, parecía asumir que las mujeres poseían afinidades espirituales con la infancia. Y, no tan angelicalmente, que podían pagarles menos. Por el salario de un empleado común, contratabas a una empleada de alta formación: por eso eran tan buenas en su trabajo.

Mucho más que depósitos de libros, para ella las bibliotecas eran una prolongación de las aulas y el eje de la cultural vecinal. Recién nombrada vicepresidenta de las Misiones valencianas, diseñó un centro para gestionar sus catálogos, la Biblioteca-Escuela, que funcionaba además como taller de prácticas. Para su desesperación, seguía atrapada en el Archivo de Hacienda, a lo que se añadían sus clases de Lengua. A veces se preguntaba si esa acumulación de actividades no sería un refugio preventivo, un dique para garantizarse cierto reparto dentro y fuera de casa. Fernando no



solía quejarse de sus ausencias, demostrando comprensión y, por qué no, astucia: así legitimaba su propia agenda poco inclinada al hogar.

En la Biblioteca-Escuela le asignaron una asistente que ejercía de auxiliar para todo y mecanógrafa. Esto último entrañaba sus complicaciones técnicas, dado que Trini lucía unas uñas enciclopédicas.

—¿Ya están listos los pedidos, Trini?

—Todavía no. Se me ha roto un esmalte.

—¿Y eso es grave, querida?

—Me parece que sí, es el meñique.

Completaban el equipo un par de estudiantes; Benito, un fornido mozo que cargaba con las cajas de libros y escribía sonetos con rimas imposibles; y Vicente, el conductor, que charlaba a mayor velocidad de la que circulaba. Entre Trini y ella misma cubrían las áreas que, en cualquier organigrama razonable, habrían correspondido a cuatro o cinco personas. Hacía ya bastante que le costaba distinguir entre compromiso, voluntarismo y autoexplotación.

La correspondencia oficial era un infierno: para mantenerla al día, habrían tenido que suspender por completo sus demás tareas. María dio con una solución expeditiva, que consistió en dejar de responder las cartas. Inexplicablemente, su volumen continuó aumentando. (Páginas 90-91).

---

## LAS MUJERES Y LA RAE

«Los anteojos de Dámaso oscilaron.

—Te escucho, entonces.

—En fin, tengo entendido que Lapesa te llamó para contarte.

—Sí, sí. En cuanto terminó la votación.

—Una lástima, qué te voy a decir.

—Para mí casi ha sido un alivio.

María dio demasiado rápido el primer sorbo al café y se quemó los labios.

—No sólo por la situación en casa. Ahora voy a poder dedicarle más tiempo a la nueva edición. Tengo un montón de fichas y notitas pendientes.

Dámaso bajó la mirada y se dedicó a desmenuzar una galleta.

—Me alegra que te lo tomes así, estaba un poco preocupado. Tanto insistirte para que te presentaras...

—Da igual. Ha valido la pena sólo por el revuelo que se armó. (Página 77).

—¿Y no puedes contarme por lo menos las razones, sin dar nombres ni nada?

—Eso tampoco debo, pero puedo.

—Así me gusta, Sito.

—A ver. Algunos compañeros opinan que, en este momento, nos hace más falta un gramático que una lexicógrafa.

—Ajá. Muy sutil de su parte.

—Otros han recordado que en la Academia Francesa tampoco hay mujeres, y nadie arma un escándalo por eso.

—O sea, de Francia sólo podemos copiar lo malo.

—Y otros dijeron, bueno, que recibiste ayuda externa. Que no lo escribiste sola, vamos. Y me miraban a mí.

—Qué caraduras. La Academia tiene un ejército de colaboradores. Y ninguno de sus miembros le ha dedicado al diccionario ni una mínima parte del trabajo que yo he puesto en el mío.

—Ya lo decía Clarín: como el diccionario es tan largo, nadie se lo lee y los disparates duran siglos.

—¡Pues yo lo escribí enterito!

—Eso mismo les expliqué. (Página 79).

—Es tal cual dice Carmen. Sin apoyos, nos dejan fuera por falta de poder. Y si conseguimos apoyos, nos dejan fuera para no obedecer al poder. ¡Es que es perfecto, coño!

—Se me hace raro oírte decir *coño*.

—Está en el diccionario.

—No seas injusta conmigo, María. Vine con la mejor intención.

—Lo sé, lo sé. Y te agradezco que hayas venido.

—Para mí tampoco era cómodo.

—Disculpa. Lo de Fernando me tiene muy nerviosa.

—¿Tan mal está, entonces?

—Digamos que está igual que algunos de tus colegas, cada día más ciego. No pongas esa cara, es broma.

—Ya sabes cómo funciona la Academia.

—Sí, sí. Y quiénes no pueden entrar.

—Nunca hemos prohibido la entrada a las mujeres.

—Claro que no, sólo se ha fomentado el ingreso de hombres.

Dámaso trató de beber de su taza vacía. Se quedó mirando el fondo.

—Los cambios llevan su tiempo. Y serán lo lentos que quieras, pero hemos hecho avances.

—Gertrudis Gómez de Avellaneda. Carolina Coronado. Concepción Arenal. ¡La Pardo Bazán, madre mía! A ver, ¿qué cosita tenían en común? (Página 159-160).

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Hasta que empieza a brillar* es una investigación donde el escritor y filólogo Andrés Neuman indaga en la vida de María Moliner, una mujer que dedicó más de una década a hacer un diccionario. ¿Conocíais la figura de María Moliner? ¿Cuál creéis que es el impulso que lleva a la protagonista de esta historia a emprender la titánica tarea de escribir un diccionario?
2. El autor de esta obra, Andrés Neuman, tiene una larga trayectoria como narrador y poeta, ¿habéis leído alguna obra suya? ¿Qué os parece el estilo que emplea en su acercamiento a la vida de María Moliner entre el tono íntimo y el humor?
3. Gabriel García Márquez dedicó un hermoso artículo a María Moliner, ¿de qué manera pensáis que esa pieza periodística le sirvió a Andrés Neuman como impulso creativo, como chispita necesaria para que su novela comenzara a andar?
4. A lo largo de toda la novela, Neuman entreteje lo biográfico con el relato de los acontecimientos históricos y políticos que tienen lugar en España como la II República o el estallido de la Guerra Civil, ¿cómo pensáis que estos acontecimientos influyeron en la vida de María Moliner? ¿Dónde podría haber llegado a trabajar como bibliotecaria si la guerra y la dictadura no hubiesen frenado su carrera profesional?
5. En la breve nota final de *Hasta que empieza a brillar*, Andrés Neuman escribe que «investigamos para ganarnos el derecho a inventar». En este libro donde se entremezclan hechos históricos e imaginación literaria, ¿qué sucede con los límites entre realidad e invención en la novela? ¿Podrían distinguirse? ¿Por qué el autor decide convertir a María Moliner en personaje literario? ¿Qué posibilidades ofrece la novela biográfica para narrar una vida que no están en la mera biografía?

6. De la niña que amaba las palabras, que las veía brillar, hasta la adulta que reunía palabras en torres de fichas, ¿qué pensáis de María Moliner después de leer esta novela? ¿Cómo creéis que fue esta mujer?
7. María Moliner fue una niña visionaria. De alguna manera, tuvo muy claro desde el principio que lo suyo eran las palabras, pero la educación que recibió y el entorno también la moldearon de alguna manera. ¿Qué influencia tuvo en ella las clases que tomó en la Institución Libre de Enseñanza?
8. El padre de Moliner se fue a Buenos Aires y nunca más regresó, ¿de qué manera condicionó ese abandono a la autora y a su familia?
9. María Moliner parecía estar muy unida a su madre y a sus hermanos desde que eran pequeños y, de mayores, siguieron conservando ese cariño y admiración mutua que se tenían, ella hizo todo lo posible por ayudarlos económicamente. ¿Qué papel creéis que jugó la precariedad económica que sufrió la familia de Moliner en su carrera?
10. ¿Qué lugar ocupa el amor en la vida de María Moliner? ¿Cuál es el papel de Fernando, su marido, en esta historia?
11. Cuando María Moliner fue madre, trabajó y crio a sus hijos de manera paralela como muchas mujeres comenzaban a hacer en aquella época, en la novela de Andrés Neuman hay hermosos y memorables pasajes en torno a la crianza que les dio a sus hijos, ¿de qué manera influyó en ella la maternidad a la hora de ver todas las potencialidades del lenguaje?
12. María Moliner dijo de sí misma que «mi biografía es muy escueta... Mi único mérito es el diccionario». ¿Pensáis que esto es cierto? ¿Qué otros méritos veis en la vida de Moliner? ¿Cómo de importante fue su labor como bibliotecaria en las Misiones Pedagógicas y durante la guerra?

13. Andrés Neuman hace un excelente ejercicio de investigación al rescatar palabras que María Moliner incluyó en la primera edición de su diccionario, hoy descatalogado. ¿Por qué pensáis que María Moliner sintió la necesidad de confrontar dos ideas del idioma?
14. María Moliner dijo a aquellos que sospechaban de su empeño con el diccionario que «quienes recomendaban no politizar la lengua solían hacer justo lo contrario, avalando silencios y promoviendo olvidos». ¿Creéis que crear un nuevo diccionario es, de alguna manera, un ejercicio político? ¿Cómo se preparó María Moliner a lo largo de toda su vida para poder escribir un diccionario? ¿Habéis tenido alguna vez la oportunidad de comparar los términos entre el diccionario de la Real Academia Española y el Diccionario de uso del español de María Moliner?
15. A lo largo de toda la novela, Andrés Neuman fabula con una posible conversación entre María Moliner y su amigo Dámaso Alonso, por entonces, director de la Real Academia Española. ¿Cuál creéis que fueron las razones por las que no admitieron como académica de la RAE a María Moliner, la única mujer nominada en sus más de dos siglos y medio de existencia?
16. Al final de su vida, María Moliner perdió la memoria y la palabra, curioso y simbólico final para una vida construida sobre ella. ¿Qué pensáis de este final? ¿Cómo creéis que pudo sobrellevar Moliner sus últimos años cuando las palabras comenzaban a apagarse para ella?

## EL AUTOR



© Rodrigo Valero

**ANDRÉS NEUMAN** (1977) nació y pasó su infancia en Buenos Aires. Hijo de músicos argentinos exiliados, terminó de criarse en Granada, donde estudió Filología, trabajó como profesor universitario y vive con su familia. A los 22 años resultó Finalista del Premio Heralde con su aclamada primera novela, *Bariloche*. Le siguieron *La vida en las ventanas*, *Una vez Argentina*, *El viajero del siglo* (Premio Alfaguara y Premio de la Crítica), *Hablar solos*, *Fractura* y *Hasta que empieza a brillar*. Ha publicado libros de cuentos como *Alumbramiento* y *Hacerse el muerto*; poemarios como *Mística abajo*, *Vivir de oído* e *Isla con madre*; el diario de viajes por Latinoamérica *Cómo*

*viajar sin ver*; el elogio de los cuerpos no canónicos *Anatomía sensible*; el díptico sobre su hijo que forman *Umbilical* y *Pequeño hablante*; y el diccionario satírico *Barbarismos*. Obtuvo los premios Federico García Lorca, Antonio Carvajal e Hiperión de Poesía, el Firecracker Award for Fiction, otorgado por la comunidad de revistas, editoriales independientes y librerías de EEUU, y la Mención Especial del jurado del Independent Foreign Fiction Prize. Formó parte de la lista Bogotá-39 y fue seleccionado por la revista británica *Granta* entre los mejores narradores en lengua española de su generación. Sus libros están traducidos a 25 idiomas.



## LA CRÍTICA HA DICHO

«La vida de María Moliner, contada con la prosa de Andrés Neuman, se convierte en una deliciosa aventura literaria que recomiendo leer a todo el mundo. La narración nos conduce por un camino trazado por la pasión por la palabra, que sin duda comparten el autor y la protagonista. Este libro me hizo quererla todavía más».  
Claudia Piñeiro

«Andrés Neuman nos revela la literatura que habita en un diccionario y en la vida de su creadora, acercándonos a un personaje fabuloso y haciéndole justicia a una rebelde en tiempos oscuros, tan sutil como radical».  
Jazmina Barrera

